

mándose con el dictámen de la Junta superior, decretó aquella medida.

¡Era tarde! La insensatez todo lo había perdido; y así como no se evitó antes en la Barceloneta el roce de los sanos con los enfermos, tampoco se había evitado la comunicacion de los habitantes de la ciudad con los del barrio infestado.

La alevosa serpiente enroscaba ya sus primeros anillos al redor de la atribulada Barcelona. A poco se presentaron enfermos de fiebre amarilla en el casco de la ciudad, disponiendo las autoridades que pasasen, lo mismo que sus infelices compañeros de la Barceloneta, á la casa de la Vireyna. Respecto de las personas sanas que se sabía habían tenido roce con ellos se mandó que saliesen al campo á sufrir unos dias de observacion en el convento de Jesús.

El incremento de la epidemia traia consigo la paralización de los trabajos y la huelga forzosa aumentaba á su vez el público descontento.

Bahí tenía atacados en su clientela y, en cumplimiento de su deber, dictó la incomunicacion. A los habitantes no contagiados, que le preguntaron qué línea de conducta debían seguir en aquellas críticas circunstancias, les aconsejó la emigracion sin pérdida de momento, fundándose en que creía la ciudad seriamente amenazada.

Una enferma cuya familia pasó al convento de Jesús, debiendo ella misma ser trasladada por la noche á la Vireyna, quiso la suerte que sufriera algun alivio, á pesar de haber presentado ya los vómitos acafetados, y como dos facultativos, uno de ellos llamado Riera, que la visitaron separadamente de Bahí, que era el médico de cabecera, declarasen no estar conformes con el diagnóstico de éste y que el mal no era la fiebre amarilla, el pueblo se amotinó dando vivas al doctor Riera y mueras á Bahí autor de la fiebre amarilla. No pararon aquí las cosas, sino que en ademan hostil la muchedumbre se dirigió á la morada de nuestro sábio rompiendo á pedradas los cristales de las ventanas, intentando forzar las puertas y pegar fuego á la casa. La autoridad necesitó desplegar gran aparato de fuerza y mandó infantería y caballería, logrando así tener á raya á las turbas.

Bahí se refugió en el jardín botánico, no sin avisarlo antes á las autoridades superiores con estas palabras que merecen pasar á la Historia; «me hallo en este retiro, paraíso de los seres que no son ingratos al hombre que los cuida.»

En aquel lugar pasó la noche, y suerte que lo abandonó á la mañana siguiente, pues á poco fueron allí unas hordas desalmadas con idea de asesinarle.

El innmerecido odio de que era objeto nuestro severo compatriota se